

Baltasar Gracián, el pensador cristiano

La celebración de cuarto centenario del nacimiento de Baltasar Gracián es una buena ocasión para revisar determinadas interpretaciones de su vida y obra. Los numerosos estudios que giran en torno a la rica temática graciana no tocan la dimensión religiosa, desplazada por la literaria y filosófica. Sin embargo, bajo la máscara deslumbrante del escritor refinado y del pensador libre se esconde un eminente teólogo. Un religioso que en los albores de la modernidad vive su vocación entre una serie de tensiones por integrar los dos polos de la razón y la fe. Un teólogo jesuita de espíritu libre que además de otros temas también habla en sus escritos del amor a la Compañía, la devoción a la Virgen y el culto a la Eucaristía.

José M.^a Andreu Celma*

* Profesor de Filosofía del Centro Regional de Estudios Teológicos de Aragón.

AZORÍN en sus *Clásicos redivivos* ve al padre Gracián como «un colaborador constante en la revista de la Compañía, *Razón y Fe*. Razón y fe: he ahí los dos polos entre los que ha girado toda la actividad cerebral de Gracián. Tarea ardua por la temeridad de este singular pensador» (1).

Otra vez Gracián entra en nuestro presente como un don precioso e inquietante que es necesario interpretar. Los numerosos estudios que giran en torno a la rica temática graciana no tocan la dimensión religiosa, desplazada por la literaria y filosófica. Bajo la máscara deslumbrante del escritor refinado y del pensador libre se esconde un eminente teólogo. «¡Oh discretísimo Proteo, en cuyo bien repartido gusto tuvieron vez todos los liberales empleos, y en cuya heroica universalidad lograron ocasión todos los eruditos, cultos y Discretos; el docto y el galante, el religioso y el caballero, el humanista, el historiador, hasta el sutilísimo teólogo» (D VII).

Un extraño consenso viene a proclamar hoy que Gracián, el hombre de todas horas, es un pensador profano (2). Muchos se suman con bastante ligereza a la opinión triunfante dejando de lado, como quitándose de encima como algo que estorba la consideración de lo religioso. La lectura de Gracián se vuelve, así, hasta tal punto parcial y partidista que lo callado y lo sobreentendido se sobrepone a lo explícito, cosa que debería provocar la indignación de los críticos.

Una raíz teologal

EN su obra palpita vigorosa una verdad teologal, muchas veces simplemente apuntada o a medio decir; «doncella tan vergonzosa cuanto hermosa y por eso anda atapada» o, en otra expresión graciana, «algunas reliquias della» (D VIII). Una parte importante de la

(1) Azorín, *Los clásicos redivivos*, Espasa-Calpe, Austral, n.º 551, Madrid 1973, 74.

(2) Gracián, B., *El Héroe*. Ed. de A. Bernat Vistarini y A. Madroñal, Olañeta, Barcelona 2001, 11. También A. Egido en su comentario de *El Discreto* y en *Humanidades y dignidad del hombre en Baltasar Gracián*, Univ. Salamanca 2001, 137, sostiene que «Gracián practicó el eclecticismo y la variedad de ideas, y sobre todo, y sin necesidad de oponerse a la religión, creyó en un pensamiento y en una literatura seculares, capaces de coexistir con la teología o la religión pero formando cuerpo independiente».

enseñanza que nos legó no está vinculada a la dimensión religiosa de la existencia, sino que se relaciona con lo fundamentalmente humano, patrimonio común de todos los hombres. Pero en el centro de su obra luce un sol invencible que ilumina ese fondo último de la vida que es la esperanza. Entre los pliegues de su pensamiento late un no sé qué, una religiosidad impalpable y algo atmosférica que lo mantiene abierto (3). La Odisea de Homero es una odisea en tono menor, un círculo cerrado en torno a la mismidad. El viaje de Ulises es, desde el comienzo de la narrativa homérica, un viaje de vuelta, una nostalgia en busca del origen. El viaje de Critilo y Andrenio, peregrinos de lo absoluto y de lo escatológico, es un viaje sin retorno. Si no fuera una contradicción se podría entrever en su aventura una identidad abierta.

Sondeando más hondo en una exploración de la reserva de sentido de esta obra mixta se entra en la atmósfera Gracián, pura ironía: profano, mundano, filósofo por fuera, y pío, asceta y teólogo por dentro. El elemento latente se convierte en elemento integrante y componente secreto de su pensamiento, «de su radical forma cristiana de pensar» (4). Leyéndolo con ojos pensativos, no devorando sino degustando el texto, percibiremos entre los recovecos y entresijos de la obra el parpadeo de esa verdad decisiva que alumbra un destino más alto. Si queremos alcanzar la verdad inasible debemos ir a buscarla precisamente no en la luz sino en el claroscuro, en la zona en que juegan necesariamente la luz y la sombra. Para leer a Gracián, tan esquivo y elusivo, «hay que tener mucho de adivino de verdades; hay que ser tatur del discurrir» (D VIII).

El tema es complejo debido a sus variados aspectos y está lleno de trampas. Hay que hacer justicia a unos temas diferentes y en parte antagónicos. Con frecuencia hay que moverse en el terreno de la ambigüedad, clima incómodo para los que se empeñan por la claridad y la diferenciación, para los que no saben ir más allá de lo que ven los ojos. La ambigüedad es una dimensión ineludible del ser humano. Gracián, deliberadamente ambiguo (5), crea ambigüedad; ambiguas son sus concepciones de Dios, del hombre y de la

(3) «Cuando el absoluto desciende a ser el camino de la verdad inasequible y de la vida que se hace verdadera, para el hombre el camino es trascenderse a sí mismo». Zambrano, M., *Notas de un método*, Mondadori, Madrid 1989, 78

(4) Batllori, M., *Entrevista a Miguel Batllori en el cuarto centenario de Baltasar Gracián, Insula 655-656*, Madrid 2001, 68.

(5) Ya S. Agustín en el siglo IV reconocía la ambigüedad de ser miembro de la Iglesia. Escribe: «Parece que algunos están dentro de la Iglesia, cuando en realidad están fuera de ella; y parece que otros están fuera, cuando en realidad están dentro» (*De bapt.* V, 27-28. *De civ. Dei* I, 35).

vida moral. La ambigüedad no es necesariamente algo que debe evitarse sino que puede ser también una gracia disfrazada.

Una lectura reduccionista de la obra graciana que ignora o distorsiona dimensiones importantes, como es la religiosa, es fruto de muchos malentendidos; precisamente algunos malentendidos cristianos de lo humano (sobrenaturalismo en materia de pensamiento, de vida espiritual, de práctica de los sacramentos, de obediencia, etc.) pueden estar en el origen de esas interpretaciones insuficientes; se enjuician los textos desde una noción superficial de religión y teología que en ellos no aparece. La religiosidad graciana es sustancial; para él Dios es una realidad, no una idea desprovista de sentido vital. Lo cristiano tiene una relación esencial con la integridad humana. Con áspera claridad Gracián muestra que la religiosidad no sincera (C II, VII) no es más que bronce sonoro y címbalo resonante (1 Co 13, 1).

Gracián evita todo extrinsecismo de la gracia intentando situar su punto de arranque en la vida real. La experiencia humana es fuente de experiencias religiosas. Éstas comienzan allí donde la experiencia humana normal descubre en sí misma una profundidad insondable y la expresa. Hacer teología es hablar de lo absoluto que aparece en lo relativo de la praxis humana. La teología expresa lo que hay de último y trascendente en una praxis humana histórica. Hay que evitar el estrabismo teológico que padeceríamos al pretender mirar algo por un lado como humano y por otro como cristiano. Con «el ingenio ambidextro» (A I, XVI) Gracián nos enseña a «discurrir a dos vertientes» «para hallar el concepto en el un extremo o en el otro» (A II, LIX).

En un contexto sociocultural

No debemos prescindir del contexto sociocultural, del *a priori* histórico en el cual se construye el pensamiento graciano a pesar de que su eco nos resulte tan tenue que nos sea casi imposible serle fieles (6). En los albores de la modernidad, en los que la cronología coloca a Gracián, la religión aún determinaba la visión del mundo y el comportamiento de los individuos. En ella se sumergían las raíces de la identidad personal y social. «La creencia era no fórmula cristalizada, sino viviente hábito que en múltiples formas indefinibles, incaptables ante la razón, levantaba la vida humana, la incendiaba o la adormía llevándola por secre-

(6) Foucault, M., *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI, Madrid 1982, 158.

tos lugares, engendrando vivencias cuyo eco encontramos en las artes» (7). Para Gracián la visión cristiana de la realidad y de la vida tenía la condición de evidencia natural. Un análisis lúcido, sin reticencias, de la obra graciana, saturada de términos y alusiones a personajes, a prácticas y tradiciones religiosas, elementos que emergen del inconsciente, permite constatar que lo religioso no pasa tangente a la obra como viniéndole de fuera sino que brota, vivo, desde dentro; revela una forma de sentir la vida, toda una sensibilidad que ordena las cosas de manera diferente. Muchas extrañezas éticas, tan frecuentes en la obra graciana, tienen resonancias bíblicas.

En su obra todo es complementario, todo se opone sin contradecirse; su profunda madurez le ampara de las posiciones extremas y exclusivistas; su pluma-pincel intercala entre blanco y negro todos los colores del prisma. En todas las cuestiones definitivas la verdad no está en esto o en lo otro, sino en un ambos y además. Se constituye así una verdad que nos place creer más verdadera porque es comprensiva y omnilateral. Gracián nos enseña a jugar a la integración, «a hermanar lo lucido con lo cristiano» (C III, Dedicatoria, 12). «No se embaraza lo santo con lo real» (P 285). «Hasta una santidad ha de ser aliñada: que edifica al doble cuando se hermana con una religiosa urbanidad. No gana la santidad por grosera, ni pierde tampoco por entendida; pues vemos hoy cortesana la santidad y santa la cortesía, que no se oponen la virtud y la discreción» (D XVIII, 350). Le convence el pensamiento de su hermana Magdalena de que «no puede haber santo que sea simple, porque la santidad es muy prudente y discreta y sabia, y todo lo es en eminencia, como Dios» (A II, XXIX). «La erudición no ha de ser uniforme, ni toda sacra ni toda profana...Hasta el verdadero maestro, el apostólico sabio, el predicador de las gentes, San Pablo, se valió en su ocasión de la erudición gentilica y poética» (A II, LVIII). Las censuras y aprobaciones de todas las obras corroboran estas ideas (8).

(7) Zambrano, M., *El hombre y lo divino*, FCE, México 1986, 13.

(8) «Merece *El Político* que v. excelencia le dé la licencia que suplica, por no hallarse en este libro cosa que ofenda las buenas costumbres, ni las regalías de su majestad» (P Censura, 275). *El Discreto* «no contiene cosa contra la fe, antes la aviva, porque excita el entendimiento; ni contra las costumbres, pues no trata sino de enseñar a mejorarlas» (D Aprobación, 310). *El Oráculo* «no contiene cosa contra nuestra santa fe, antes es un espejo de la razón, moderna maravilla de aciertos; ni es escollo de las cristianas costumbres, sino un discreto realce de las acciones en quien el ingenio admire lo que el juicio logre» (O Aprobación, 373). En la Primera parte de *El Crítico* «no he hallado cosa opuesta a las regalías de su Majestad, ni a las buenas costumbres, ni a la doctrina sana y católica de nuestra santa fe: antes lo en él escrito, muy conforme a todo ello» (C I, Censura, 14); «no contiene cosa contra nuestra

En la obra graciana existe una sustancia teológica de riqueza incomparable; ofrece síntomas, signos donde se puede advertir: «de la misma teología se acomodan a veces algunos puntos selectos, que realzan mucho la materia» (A II, LIX). Mas no aparece nunca como tema formal; y eso para no desvirtuarla: «las Artes y las Ciencias al competir por el soberano título de reina, sol del entendimiento y augusta emperatriz de las letras, hacen salva a la sagrada Teología (verdaderamente divina, pues toda se consagra a conocer a Dios y rastrear sus infinitos atributos), habiéndola sublimado sobre sus cabezas y aun sobre las estrellas, que fuera indecencia adocencarla» (C II, XII). En el museo del discreto «coronaba todas las mansiones eternas uno, no ya camarín, sino sacrario, inmortal centro del espíritu, donde presidía el arte de las artes, la que enseña la divina policía, y estaba repartiendo estrellas en libros santos, tratados devotos, obras ascéticas y espirituales. Éste advierte que no tanto es estante de libros, cuanto Atlante de un cielo» (C II, IV).

El tema, además de ser un desafío, es casi inagotable. Lo religioso se revela en la obra íntegramente pero indeterminadamente; el contenido con toda su diferenciación no aparece tan rápidamente. Será preciso rastrearlo, sacarlo a la luz, depurar su sentido mediante un trabajo de desciframiento; comprender supone aquí tanteos y retoques, una laboriosa puntualización, atención sostenida y análisis meditado. La lectura inteligente (*intus-legere*) lee en el interior y desde el interior; el lector y el autor se compenetran en un género de intimidad vivida que difumina los contornos de la objetividad cognoscitiva. Esta simpatía surgida de la intelección incita a identificarse con el autor; enfrente quedan «aquellos padrastros» que tanto airearon su falta de religiosidad, quedándose sólo con la cáscara de su obra —el título— sin llegar al núcleo y sin vislumbrar siquiera sus motivaciones últimas.

Para desbaratar algunas trampas que presiento habría que afrontar los temas teologales partiendo, a modo de preámbulo, de las coordenadas biográficas y culturales en las que se elaboraron. Desde la interioridad del contexto histórico hay que llegar a la esencia de la obra en sus condiciones originales de creación; la verdadera comprensión se realiza cuando se pasa de la tipología al pensamiento singular; se busca la intención central, directa e irreductible, que da cuenta de la unidad, de la coherencia de un pensamiento. Esta comprensión se logra lentamente, con una cierta familiaridad que nunca acaba. Las obras del espíritu piden nuestra amistad y cuanto más avanzamos en esta amistad con las obras más reducimos las generalidades que las ocultan y más progresamos en dirección hacia lo singular y único.

Dibujar el pensamiento de Gracián no es sino dibujar su figura, trazar

el esquema de su persona. Merece, pues, la pena mirar algo más de cerca a esta figura seductora y sorprenderla en su celda, rodeada de muchos libros, de infinitos libros.

Con una pertenencia jesuítica

EL espíritu de la Compañía es el aire que respira durante toda su vida. Gracián es un perfecto jesuita, como hecho al fin de la sustancia de la Compañía, y da señales inequívocas de esa sustancia que lo engendra; no es difícil llegar a la raíz misma de donde sale aunque, a veces, casi cuesta trabajo reconocerlo; es un jesuita diferente, «no un jesuita hábil, dúctil, maleable, de maneras untuosas, de voz dulzona, flébil. No, un jesuita un poco rudo, violento, a veces arrebatado. No puede sufrir, sobre todo, ciertas complicaciones y formulismos sociales» (9). Actitudes jesuíticas se transparentan en él de un modo perfecto. Según él «un colegio de la Compañía es plaza de armas espiritual en misiones, doctrinas, escuelas y todo género de enseñanza» (10). Durante muchos años fue profesor de los estudiantes jesuitas, tarea reservada a los padres de toda edificación. Profesor de Sagrada Escritura (11) durante los últimos 8 años de su vida, desde 1650 hasta comienzos del 1658, se familiariza con la Biblia; de ahí brota su cristianismo crítico, profético. La Escritura era para él el «guardajoyas de la mejor sabiduría» (A II, LVIII). En sus textos plurales, entretejidos con hilos que se enmarañan continuamente, afloran esas perlas ricas y brillantes, bordadas sutilmente por quien era maestro en el arte de la ocultación. La Escritura es la roca de la que mana el agua viva que en hilos sutiles se derrama magnánima por toda la obra. Un lector-zahorí conseguirá captar las

santa fe católica y buenas costumbres» (Ibíd.). En la segunda parte: «No he encontrado en él un tilde ajeno de la pureza católica, ni de la real y cristiana política... Al César se le da lo que es del César, muy conforme todo a entrambas regalías, eclesiástica y secular» (C II, Censura, 15-16). Y en la aprobación: de la tercera parte: «...asegurar el puerto en la mayor borrasca es el principal intento de nuestra santa fe. y muy conforme a ella lo que se discurre en los capítulos» (C III, Aprobación, 17).

(9) Azorín, *Los clásicos redivivos*. «El Padre Gracián», 75.

(10) Dedicatoria de Baltasar Gracián de la obra *Predicación fructuosa*, del P. Pedro Jerónimo Continente, Zaragoza, 1652.

(11) El título usual de un teólogo independiente en el siglo XIII era *Magister in Sacra Pagina*: lee las Escrituras con sus alumnos, discute con ellos sobre los problemas que surgen y predica las Escrituras en la comunidad académica.

radiaciones que emanan de esas verdades subterráneas. La plenitud ética que dejan entrever quizás proceda de esas verdades primeras que abren las dimensiones mismas de la profundidad y que son las referencias últimas de su pensamiento.

Su afecto por la Compañía se hace patente en la *Agudeza*; en este libro impar rasga el mito de su ocultación para hablarnos de su familia, de sus amistades, de sus devociones, de las raíces religiosas y culturales que lo sustentan. Es excesiva la presencia de autores jesuitas, bastantes de ellos de ingenio mediocre. Gracián los recuerda por su amistad lo mismo que a los santos de la Compañía. En los 63 discursos o capítulos hallamos 66 referencias a la Virgen. Esta presencia tan apretada de agudezas marianas es la irradiación misteriosa de otra presencia que llenaba su corazón; la mente va donde el amor la lleva. La Eucaristía y la Virgen eran lo que debió ser su secreto, la sustancia donde prendía la llama viva que siempre se mantuvo encendida para no renegar de sí por la eficiencia y el poder, una llama que ardía sin ser notada.

Tal vez su verdadera biografía sea su obra; ella eleva su intimidad a categoría racional. Gracián está presente en sus obras con su opción existencial. Los siete libros que escribió, «sus hijos del alma», son sutiles emanaciones de las instancias más radicales e íntimas de su espíritu. El modo peculiar de sentir la existencia dio a su obra unos rasgos específicos. En sus obras no sólo descubrimos unas experiencias radicalmente humanas sino el trasfondo último que da sentido a su vida; escribiéndolas se describió a sí mismo: «en la doctrina de sus libros vemos la noticia de su ánimo» (C II, II).

Gracián es *El Criticón*, su obra magna. Las obras anteriores lo preparan; son ensayos, bocetos del gran fresco final. Nada mejor para preparar la lectura de *El Criticón* que conocer bien los textos precedentes. Pero también esta obra definitiva es la luz que nos las hace más comprensibles. Gracián las consideraba a todas como «hermanas, émulas unas de otras». Todas se asemejan porque se parecen a su autor. Desde el comienzo está todo entero en sus obras. *El Héroe* encierra en sí el germen de toda la obra. *El Comulgatorio* es el fruto otoñal. En la que mejor se reconoce es en ésta, «su hijo legítimo, sirviendo esta vez al afecto más que al ingenio; con este átomo cumple el voto que hizo en un peligro de la vida de servir al Autor della» (C Al lector); esta obra salida de sus adentros no es filosófica. Hilvanado todo él con imágenes y pensamientos bíblicos, es un arte que enseña a excavar en la interioridad y en la precariedad del humano existir una vida eucarística. Las otras seis son filosofía cortesana, filosofía de la vida, ética. La teología pretende lo mismo que la ética en cuanto a ser camino de vida, un saber de salvación. Las dos

buscan una interpretación de la existencia. Todas las obras gracianas terminan abriéndose a la trascendencia; «la razón teológica desplaza a la razón narrativa y se instala en su lugar» (12). Los finales de las obras claramente lo manifiestan. Así el primor último y corona de *El Héroe*, el final de *El Político*, el último párrafo de *El Discreto*, el aforismo 300 del *Oráculo*, la última crisis de *El Criticón*. Son cierres previstos en función de los cuales Gracián ha organizado las secuencias de las obras.

Hay que contar con las vivencias religiosas de Gracián que forman el estrato de los supuestos que están depositados en las creencias sobre las cuales se alzan las ideas. No solo eso: hay en Gracián una voluntad explícita de apoyarse en la sabiduría divina como primera fuente de verdad: Jesús es «a infinita sabiduría humanada» (A II, LVII); «antes de la revelación cristiana el tiempo no solo era cojo sino ciego» (D I, 314). El «cristiano filosofar» es la actividad del «cristiano sabio» (O 100). Maestro en el arte de ocultarse escribe sobre asuntos humanos, mirando siempre de soslayo a la teología; así lo religioso no resulta empalagoso; para muchos pasa hasta desapercibido.

Conocemos algunas tensiones que atravesaron su vida. Choca la incompreensión que desde su juventud encuentra en algunos de sus hermanos de religión. Son quienes le acusan ante el P. General de escribir «libros poco graves y que desdicen mucho de nuestra profesión». Era pura envidia, como él mismo escribe en una carta a Lastanosa: «me impiden que imprima y no me faltan envidiosos; pero yo todo lo llevo con paciencia» (13); todas sus obras, de robusta osamenta moral, invitan al heroísmo para poder entrar en la isla de la inmortalidad (14). Escribió con trabas y a despecho de suspicaces prejuicios. Hombre delicado y sensible resultó embarazoso por insuperable. Fue su modernidad lo que produjo la incompreensión; *El Criticón* es uno de los grandes textos inaugurales de la modernidad; sus intuiciones lo alejaron de

(12) Senabre, R., *Gracián y El Criticón*, Salamanca 1979, 15.

(13) Carta a Lastanosa: Zaragoza, 12 de junio de 1652.

(14) Es verdad que en tiempos de Gracián la Compañía vive tiempos muy difíciles; las acusaciones de laxismo y de inseguridad doctrinal surgen por doquier. En una carta del 12 de mayo de 1657 advierte el P. General que «la moral laxa que los jansenistas reprochan a los jesuitas coloca a éstos en difícil situación». *Las Provinciales* de Pascal muestran que los jesuitas tenían numerosos adversarios. De la cuarta a la décima carta las Provinciales inician el proceso de la moral de los jesuitas, basándose en sus casuistas. A partir de la undécima y hasta la décimosexta ya no van dirigidas a un amigo provinciano sino a los Reverendos Padres Jesuitas; critican su política y el autor anónimo contesta a los ataques de que es objeto por parte de aquéllos. Pascal, B., *Obras*, Alfaguara, Madrid 1981, 55-263.

la mayoría de sus contemporáneos. «Los grandes pensadores están en su tiempo por encima de su tiempo. El peso y el alcance de su existencia hacen saltar las proporciones del contexto histórico en el que se mueven. Los ropajes del tiempo les son más bien extraños» (15). Inactual a su manera Gracián pagó el delito de haber visto desde lejos. ¿Pensaba en sí mismo cuando escribía: «no todos tuvieron el siglo que merecían... fueron dignos algunos de mejor siglo: que no todo lo bueno triunfa siempre. Pero lleva una ventaja lo sabio: que es eterno, y, si éste no es su siglo, otros muchos lo serán» (O 20). Tampoco Gracián fue bien acogido entre los suyos. Vivió dignamente su soledad porque tenía mucho de Dios (O 133). Es felicidad suma semejarse a la entidad suma: el que puede pasar a solas tiene todo de Dios (O 137). «El sabio, consigo y Dios tiene lo que basta» (C I, XIII).

Su carácter explica también algo estas tensiones. Gracián, «nada zalamero», fue un espíritu libre. La libertad es «la vida» (C I, XII); «no hay bastante oro ni plata en el mundo para comprarla. La libertad: gran cosa aquello de no depender de voluntad ajena, y más de un necio, de un modorro, que no hay tormento como la imposición de hombres sobre las cabezas» (C I, XIII). La verdadera vida comienza cuando «el hombre es rey de sí mismo» (C II, XII). Gracián viviría el ignaciano principio *Sentire cum Ecclesia*, con libertad interior, desarrollándolo en una identificación parcial crítica y creadora.

Tarea ardua y apasionante es la exploración del pensamiento religioso de Gracián. Nos enseña a descubrir lo divino en las realidades humanas, a acariciar las remotas lejanías y vivir el misterio que está «siempre presente como lo innominado y lo indefinible, como algo de lo que nosotros no podemos disponer» (Rahner). Será para otra ocasión.

(15) Habermas, J., *Perfiles filosófico-políticos*, Taurus, Madrid 1984, 80.